

Sección a cargo de Guillermo Fernández

ITALIA EN LA COLMENA

La Colmena felicita al poeta y traductor Guillermo Fernández, colaborador de esta revista, quien fue condecorado por el Gobierno de la República de Italia con la Orden de Comendador, en reconocimiento a su larga y fecunda trayectoria como difusor de la literatura de ese país.



GIUSEPPE UNGARETTI

La piedad

1

Yo soy un hombre herido.

Y me quisiera ir
y llegar finalmente,
piedad, a donde se oye
al hombre que está a solas consigo.

Sólo tengo bondad y soberbia.

Me siento exiliado entre los hombres.

Mas mi pena es por ellos.

¿No seré digno de volver a mí?

He poblado de nombres el silencio.

¿He roto corazón y mente
para luego caer
en servidumbre de palabras?

Reino sobre fantasmas.

Oh secas hojas,
alma llevada aquí y allá...

No, oigo el viento y su voz
de bestia inmemorial.

Oh Dios, ¿aquellos que te imploran
sólo de nombre te conocen?

Me has descartado de la vida.
¿Me descartarás de la muerte?

Tal vez ni de esperar es digno el hombre.

¿Se agotó incluso la fuente del remordimiento?

El pecado qué importa
si ya no lleva a la pureza.

La carne apenas si se acuerda
de aquella fuerza de otros días.

Loca y gastada está el alma.

Dios, mira nuestra debilidad.

Quisiéramos una certeza.

¿Ya ni te ríes de nosotros?

Compadécenos, pues, crueldad.

Ya no puedo seguir emparedado
en el deseo sin amor.

Muéstranos un signo de justicia.

¿Tu ley cuál es?

Aniquila mis pobres emociones,
libérame de la inquietud.
Estoy cansado de aullar sin voz alguna.

2

Melancólica carne
donde otrora pululaba la dicha,
entrecerrados ojos del despertar cansado,
¿ves tú, alma mía ya tan madura,
lo que seré cuando caiga en la tierra?

En los vivos está la senda de los difuntos,
somos riada de sombras.

Ellas el grano que revienta en sueños,
suya la lontananza que nos queda
y la sombra que da peso a los nombres.

¿La esperanza de un cúmulo de sombra
y nada más es nuestra suerte?

¿Y tú serías, Dios, no más que un sueño?

Un sueño al menos, temerarios,
queremos que parezcas.

Es parto de la demencia más clara.

No tiembla en nubes de ramas
como gorriones matinales
al filo de los párpados.

En nosotros está y languidece
la llaga misteriosa.

3

Esta luz que nos punza
es un hilo cada vez más delgado.

¿Ya no deslumbras tú, si es que no matas?
Concédeme esta dicha suprema.

4

El hombre, monótono universo,
cree ensanchar sus bienes
y de sus manos febriles
sólo surgen los límites sin fin.

En el vacío,
aferrado a su hilo de araña,
no teme y no seduce
sino su propio grito.

Reconstruye la ruina alzando tumbas,
y cuando piensa en ti, Eterno,
no tiene más que las blasfemias.



GIUSEPPE UNGARETTI nació el 10 de febrero de 1888 en Alejandría, Egipto, donde transcurrió su infancia y adolescencia; murió en Milán en 1970. En 1916 publicó *El puerto sepultado* y, en 1919, *Alegría de naufragos*, con los cuales la poesía italiana del siglo XX empezó a respirar con un ritmo natural, mediante un verso corto y liviano, ajeno a toda retórica anterior y alejado de la experiencia futurista. En esta etapa, su discurso aporta una dicción clara, directa y transparente. Eugenio Montale se refirió al Ungaretti de aquellos días en los siguientes términos: «Sólo él, en su tiempo, supo aprovechar la libertad que ya estaba en el aire; los demás no supieron qué hacer con ella y cambiaron de oficio o gimieron "incomprendidos"... Poeta "in progress" en el mejor sentido de la palabra, Ungaretti nos ha dado una lección que siempre será para nosotros algo de valor inestimable».

El poema incluido aquí forma parte de *Sentimiento del tiempo*, publicado en 1936, libro con que comienza la obra poética del «segundo Ungaretti».LC